

caron el Océano, pero recibieron directamente las comunicaciones del Almirante, y merecen crédito en lo que afirman, aunque el no haber sido cosmógrafos ni pilotos introduzca en sus noticias algún error ó confusión. Fué Andrés Bernáldez, así como el último de nuestros cronistas propiamente tales, el más ameno y sabroso de todos ellos, así por la grandeza é interés cuasi novelesco de las cosas que refiere y en parte vió, cuanto por haber sabido unir á la suave ingenuidad y á la brillantez pintoresca de los antiguos narradores cierta lucidez, método, espíritu de curiosa indagación, y arte de distribuir y componer la materia, que ellos no solían tener. Á las navegaciones de Colón dedicó catorce capítulos de su *Historia de los Reyes Católicos*, comenzando la relación con palabras solemnes, adecuadas á la maravilla del caso: «En el nombre de Dios Todopoderoso, ovo un hombre de tierra de Génova, mercader de libros de estampa, que trataba en esta tierra de Andalucía, que llamaban Cristóbal Colón, hombre de muy alto ingenio sin saber muchas letras, muy diestro en el arte de la Cosmographia y en el repartir del mundo.....» En todo se guió, con gran llaneza y veracidad, por los escritos del mismo Colón que en su poder tenía, y por sus conversaciones fa-

miliares, de que largamente había disfrutado en 1496, cuando en Sevilla le tuvo de huésped en su casa. «Él me dejó algunas de sus escrituras en presencia del Sr. D. Joan de Fonseca, de donde yo saqué, é cotejélas con las otras que escribieron el honrado señor el doctor Chanca é otros nobles caballeros que con él fueron en los viajes ya dichos..... de donde yo fui informado y escribí esto de las Indias.» Sólo de los dos primeros viajes dió relación detallada, cuya exactitud puede comprobarse en lo tocante al primero por el Diario del Almirante, que seguramente tuvo á la vista, y en el segundo por la carta del Dr. Chanca, á la cual añade pormenores que sólo pudo oír de labios de Colón ó leer en sus comentarios, hoy perdidos. Es, pues, fuente histórica de primer orden, y Washington Irving hace notar que en la narración del reconocimiento hecho por Colón de las costas del Sur de Cuba, está Bernáldez más minucioso y exacto que ningún otro historiador.

Si Bernáldez conserva toda la amable simplicidad de los antiguos cronistas, á pesar de haber vivido en pleno Renacimiento, el humanista milanés Pedro Mártir de Anglería ó Anghiera, andante en corte de los Reyes Católicos y de sus sucesores desde 1488 á 1526;



preceptor de la juventud cortesana en las artes liberales; canónigo de Granada, que vió conquistar; primer Abad de la Jamaica, donde no residió nunca; embajador al Sultán del Cairo; miembro del primitivo Consejo de Indias; corresponsal asiduo de Papas, Cardenales, príncipes, magnates y hombres de letras, ofrece en su persona uno de los más antiguos y señalados tipos del periodismo noticioso. Mientras otros latinistas se esforzaban en renovar las formas clásicas de la historia y vestir con la toga y el laticlavio á los héroes contemporáneos, él escribía al día, en una latinidad moderna muy abigarrada y pintoresca, muy llena de chistosos neologismos, cuanto pasaba á su lado, cuantos chismes y murmuraciones oía, dando con todo ello incesante pasto á su propia curiosidad, siempre despierta, y á la de sus amigos italianos y españoles. Tenía para su oficio la gran cualidad de interesarse en todo y de no tomar excesivo interés por ninguna cosa, con lo cual podía pasar sin esfuerzo de un asunto á otro, y dictar dos cartas mientras le preparaban el almuerzo. Acostumbrado á tomar la vida como un espectáculo curioso, gozó ampliamente de cuantos portentos le brindaba aquella edad, sin igual en la historia,

y estuvo siempre colocado en las mejores condiciones para verlo y comprenderlo todo, desde la guerra de Granada hasta la revuelta de las Comunidades. Su espíritu, generalmente recto, propendía más á la benevolencia que á la censura, sobre todo con aquellos de quienes esperaba honores y mercedes que contentasen su vanidad, muy subida de punto, aunque inofensiva, y su muy positivo amor á las comodidades y á las riquezas, que la fortuna le concedió ciertamente con larga mano. Hombre de ingenio fino y sutil, italiano hasta las uñas, quizá presumía demasiado de su capacidad diplomática; pero poseyó en alto grado el don de observación y el conocimiento de los hombres. Sus juicios no han de tomarse por definitivos, pero reflejan viva y sinceramente la impresión del momento. El mismo, como todos los escritores de su género, rectifica á cada paso y sin violencia alguna lo que en cartas anteriores había consignado. El *Opus Epistolarum* es un periódico de noticias en forma epistolar, dividido en 812 números, y así es como debe juzgarse. Por desgracia, no le poseemos en su forma primitiva. Retocado por el autor cuando había perdido ya la memoria de muchos incidentes, refundido (probablemente) después por



mano desconocida, que dió á la mayor parte de las cartas una cronología absurda, barajó unas con otras y quizá se permitió graves intercalaciones, el *Opus Epistolarum* comienza á ser mirado como documento sospechoso, y hay crítico alemán que ha extremado su escepticismo hasta el punto de ver en casi todo su contexto un nuevo caso de falsificación semejante al del *Centon Epistolario*, una correspondencia forjada *à posteriori* sobre los papeles de Pedro Mártir y sobre algunos libros históricos. Tal paradoja no ha prosperado mucho, porque el carácter personalísimo de la correspondencia y el tono de actualidad que en ella reina parecen alejar la idea de un fraude, cuyo objeto tampoco se comprende; pero siempre quedan en pie graves sospechas de adulteración, y el testimonio de Pedro Mártir, cuando no está confirmado por otras autoridades más seguras, no obtiene ya aquella ilimitada confianza que le daba Prescott, por ejemplo.

Afortunadamente, para nuestro objeto, estas dudas importan poco, puesto que no son muchas ni muy extensas las cartas del *Opus Epistolarum* que hablan de Colón, si bien todas ellas son curiosísimas como primeras

nuevas y boletines de la victoria lograda sobre el Océano. La obra de Pedro Mártir que derecha y exclusivamente se refiere á los descubrimientos de América, es decir, sus ocho *Decades de Orbe Novo*, no han sido de autenticidad sospechosa para nadie ni pueden serlo, puesto que en parte fueron publicadas en vida del autor mismo. De la veracidad de sus noticias responde no menor autoridad que la de Fr. Bartolomé de las Casas. «De los que escribieron cerca de estas primeras cosas, á ninguno se debe dar más fe que á Pedro Mártir, que escribió en latín sus *Décadas*, estando aquellos tiempos en Castilla: porque lo que en ellas dijo tocante á los principios fué con diligencia del mismo Almirante, descubridor primero, á quien habló muchas veces, y de los que fueron en su compañía inquirido, y de los demás que aquellos viajes á los principios hicieron. En las otras, pertenecientes al discurso y progreso destas Indias, algunas falsedades sus *Décadas* contienen.»

Tenemos, pues, en las *Décadas* de Pedro Mártir una nueva versión de origen colombino (á lo menos en su mayor parte), favorable por consiguiente al descubridor, menos detallada y menos técnica que la de sus diarios y cartas,



más artificiosa que la de Bernáldez: acomodada en suma al paladar del público letrado de Italia, que ávidamente devoraba estas *Décadas*, dando ejemplo de ello el mismo Papa León X, que las leía de sobremesa á su sobrina y á los Cardenales. Pedro Martir debía buscar, por sus instintos de periodista, lo más ameno, lo más exótico, lo más pintoresco y divertido de aquella materia novísima, deteniéndose sobre todo en las rarezas de historia natural y en notar maligna y curiosamente los ritos y costumbres y supersticiones de los indígenas en aquello que más contraste presentaban con los hábitos del Viejo Mundo. Predominan en él por consiguiente los detalles antropológicos, y algunos se encuentran por primera vez en sus *Décadas*: sirva de ejemplo la exposición de la mitología de los indios de la Española, tomada de un librito manuscrito que había compuesto Fr. Román Pane, de la Orden de San Jerónimo, primer catequista de aquellos salvajes; libro que luego insertó á la letra D. Fernando Colón en la biografía de su padre. Esta especie de curiosidad científica realza sobremanera el libro de Pedro Mártir, además del habitual agrado de su estilo, incorrectísimo ciertamente y nada clásico, pero muy suelto, chispeante é ingenioso. Tiene Pe-

dro Mártir, como preceptor y gramático, su representación en la historia del humanismo español, y pudo escribir sin mucha nota de jactancia, aunque en frases de pedantesco y depravado gusto, que habían mamado la leche de su doctrina casi todos los próceres de Castilla (*suxerunt mea litteraria ubera principes Castellae fere omnes*); pero cuál fuese la calidad de esta leche, no poco desemejante de la *lactea ubertas* de Tito Livio, lo están pregonando á voces los mismos escritos de Mártir; y ciertamente que si la severa disciplina de otros maestros indígenas, como los Nebrijas, Barbosas, Núñez y Vergaras, no hubiese llevado el gusto por senderos más clásicos que el de esta latinidad viciada y barroca, que viene á ser el calco de una fraseología moderna, no hubiera emulado ni menos excedido la España clásica del siglo XVI los esplendores de la Italia del siglo XV.

De todos modos, es harto evidente el servicio que Pedro Mártir hizo á la historia de nuestro más glorioso reinado para que por defectos de forma hayamos de regatearle sus méritos de observador incansable y curioso, no ménos que de abreviador sensato y lúcido. Trabajó, como Bernáldez, sobre papeles del Almirante, y además recogió de la tradición oral



muchas noticias, porque «hablaba con todos y todos se holgaban de darle cuenta de lo que vian y hallaban, como á hombre de autoridad, y él que tenía cuidado de preguntarlo», según dice Fr. Bartolomé de Las Casas. Estaba en Barcelona en 1493, y presencié el triunfal recibimiento de Colón, sobre el cual por raro caso guardan absoluto silencio los documentos de nuestros archivos. El Almirante mismo le escribía de continuo y vivía con él en íntima familiaridad, *intima familiaritate devinctus*, como quien le había conocido aún antes de la toma de Granada. Tuvo, por consiguiente, las mejores ocasiones de informarse: convidaba á los conquistadores á su mesa, los abrumaba á preguntas como un *reporter*, y con el buen juicio que tenía, procuraba separar de sus relaciones la parte de hipérbole y de vanagloria. Algunas veces tropezó, no obstante, por la ligereza con que escribía; otras por falta de conocimientos náuticos (1).

(1) La vida y las obras de Pedro Mártir han sido ampliamente ilustradas en estos últimos años. Véanse, entre otras monografías:

—Schumacher (Herman A.), *Petrus Martyr, der Geschichtsschreiber des Weltmeeres. Eine Studie*. New York: E. Steiger, 1879.

Todos los escritores hasta aquí citados nos dan, con leves variantes, una misma versión de la historia colombina, es decir, la que hicieron correr del Almirante y sus amigos. Si los émulos y adversarios, Boil, Margarit, Roldán, Bobadilla, escribieron algo sobre los mismos acontecimientos á tenor y gusto de sus particulares intereses ó afectos, apenas ha quedado rastro de tales relatos, ni sabemos que historiador alguno los aprovechase, salvo Oviedo y en muy pequeña parte, sólo por comunicación

—Mariéjol (I. H.). *Un lettré italien à la cour d'Espagne (1448-1526). Pierre Martyr d'Anghera, sa vie et ses œuvres. Thèse pour le doctorat, présentée à la Faculté des Lettres de Paris*. Paris, Hachette, 1887.

—Gerigk. «*Das Opus Epistolarum des Petrus Martir*», ein Beitrag zur Kritik der Quellen des ausgehenden 15, und beginnenden 16 Jahrhunderts. Braunsberg, 1881.

—Heidenheimer. *Petrus Martir Anglerius und sein Opus Epistolarum. Ein Beitrag zur Quellenkunde de Zeitalters der Renaissance under Reformation*. Berlin, 1881. 8.º

—Bernays (J.). *Petrus Martir Anglerius und sein Opus Epistolarum*. Strasburgo, J. Trübner, 1891.

Recientemente han comenzado á salir á luz en castellano las *Décadas* de Pedro Mártir, á quien el traductor, por no sé qué extraño capricho ó exceso de cortesia, llama varias veces *D. Pedro Mártir* en su prólogo, lo cual nos suena tan raro como si viéramos impreso el Quijote de *D. Miguel de Cervantes* ó las poesías de *D. Garcilaso de la Vega*.



oral, según da á entender. Pero los dos que ahora vamos á citar, y que en rigor no pueden ser tenidos por apasionados de Colón, ni mucho menos por desafectos, utilizaron documentos de diversa índole, dando con ello nuevo carácter á sus extensas narraciones. Ni uno ni otro son en rigor historiadores primitivos por lo que toca á las cosas del Almirante, pero son los más próximos á los primitivos, y mucho caudal puede y debe hacerse de su testimonio: tenidos en cuenta, no obstante, sus particulares condiciones y los opuestos propósitos que parecen haber guiado sus plumas, hasta hacer al uno antítesis perfecto del otro.

Fué el primero de ellos (y á la vez el más antiguo cronista de Indias) el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cuya vida de monstruosa actividad física é intelectual da la medida de lo que podían y alcanzaban aquellos sublimes aventureros españoles colocados en el umbral de la historia moderna. Antiguo servidor del príncipe D. Juan, del rey de Nápoles D. Fadrique y del duque de Calabria, fué testigo presencial de la toma de Granada, de la expulsión de los judíos, de la entrada triunfal de Colón en Barcelona, de la herida del rey Católico, de las guerras de Italia, de los triun-

fos del Gran Capitán, de la cautividad de Francisco I; y todo lo registró y puso por escrito. No siendo bastante para su curiosidad aventurera el espectáculo maravilloso de la Europa del Renacimiento, volvió los ojos al Nuevo Mundo recientemente descubierto, atravesó doce veces el Océano, conquistó, gobernó, litigó, pobló, administró justicia, disputó con Fray Bartolomé de Las Casas, intervino en explotaciones metalúrgicas, tuvo bajo su mando y custodia fortalezas y gente de armas, se sentó como regidor en los más antiguos cabildos de América, arrostró valerosamente las iras de los gobernantes despóticos y de los magistrados concusionarios, no menos que el puñal de los asesinos pagados; fué veedor de las fundiciones de oro en el Darién; procurador de los intereses de aquella provincia contra el matador de Vasco Núñez de Balboa; gobernador de Cartagena de Indias, alcaide de la fortaleza de Santo Domingo; y con todo esto encontró tiempo en los 79 años de su vida para escribir un libro de caballerías, otro de mística, otro de malos versos, comentados en prosa, y más de veinte volúmenes de historia, todos en folio, por supuesto, y casi todos de cosas vistas por él ó que sabía por relación de los que



en ellas intervinieron. Como escribía sin escrúpulos de estilo, y tampoco le embargaba mucho el aparato de la erudición clásica, puesto que, si hemos de creer á su implacable detractor, Fr. Bartolomé de las Casas, «apenas sabía qué cosa era latín, aunque pone algunas autoridades en aquella lengua, que preguntaba y rogaba se las declarasen á algunos clérigos que pasaban de camino por aquella ciudad de Santo Domingo para otras partes»; podía multiplicar sin esfuerzo el número prodigioso de diálogos de sus *Batallas y Quincuagenas* ó de libros de su *Historia General y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, sin poner en ellos más aliño ni orden que el que gastaba en su conversación familiar. ¡Qué inagotable tesoro el de sus recuerdos! ¡Cuánto había vivido y qué ojos tan abiertos para verlo y escudriñarlo todo, y qué memoria tan monstruosa y tenaz para recordarlo! Suele decirse que España es pobre en Memorias y otros libros de historia personal y menuda: la verdad es que hay muchos más de los que se cree, salvo que nadie se cuida de buscarlos ni de imprimirlos ni de leerlos. Sirvan de ejemplo las *Batallas y Quincuagenas* de Fernández de Oviedo, inmenso tesoro de anécdotas, sin el

cual es imposible conocer íntimamente la España de los Reyes Católicos. Y, sin embargo, por no sé qué fatalidad, esta obra yace inédita, al paso que ha logrado ver la luz el indigesto y enfadosísimo fárrago de los *Quincuagenas* (á secas) del mismo Oviedo, confundido malamente con el anterior por muchos críticos, á pesar de ser su valor histórico tan exiguo como inestimable es el de las *Batallas*.

Más afortunada la *Historia general y natural de las Indias* (de cuyos cincuenta libros sólo había llegado á ver impresos el autor los diez y nueve primeros, el vigésimo y parte del último), corre ya íntegra en manos de los doctos desde 1851, en que la Academia de la Historia hizo suntuosa edición de ella, dirigida por el inolvidable historiador de nuestras letras D. José Amador de los Ríos. No hay entre los primitivos libros sobre América ninguno tan interesante como éste. Por lo mismo que Oviedo dista tanto de ser un historiador clásico, ni siquiera un verdadero escritor; por lo mismo que acumula todo género de detalles sin elección ni discernimiento, con afán muchas veces nimio y pueril, resulta inapreciable colector de memorias, que otro varón de más letras y más severo gusto hubiera dejado per-



derse, con grave detrimento de la futura ciencia histórica, que de todo saca partido, y muchas veces encuentra en lo pequeño la revelación de lo grande. En la parte de historia natural, que es muy considerable en su compilación, fué ventaja para Oviedo el ser extraño á la Física oficial de su tiempo, tan apartada todavía de la realidad, tan formalista y escolástica, ó tan supersticiosamente apegada al texto de los antiguos, aun en muchos de los que más se preciaban de innovadores. Poco importaba que tuviese que leer á Plinio en toscano por no poder leerle en su nativa lengua, si, entregado á los solos recursos de su observación precientífica, lograba, como logró, aunque fuese de un modo enteramente empírico, describir el primero la fauna y la flora de regiones nunca imaginadas por Plinio, y fundar, como fundó, la Historia Natural de América. Sus descripciones no son las de un naturalista, pero los naturalistas las reconocen como muy exactas. En la historia civil hay que distinguir lo que Oviedo pudo ver por sí durante sus repetidos viajes y estancias en el Nuevo Mundo, y en esto merece todo crédito; y lo que supo por relaciones de conquistadores y navegantes, más ó menos fidedignos, como él mismo reconoce,

adelantándose al cargo que en esto se le pudiera hacer; «y como solo Dios es el que sabe y puede entender á todos, yo, como hombre, podría ser engañado ó no tan al propio informado como conviene; pero oyendo á muchos, voy conociendo en partes algunos errores, e assi voy é iré enmendando donde convenga mejor distinguir lo que estuviere dudoso ó desviado de lo derecho». Sobre su imparcialidad se ha disputado mucho; es cierto que escribe generalmente con espíritu favorable á los conquistadores, á cuyo número pertenecía, y cuyas increíbles hazañas ejercían natural prestigio sobre su imaginación. Por otra parte, no es de admirar que los hábitos de su vida inquieta y belicosa hubiesen hecho su conciencia moral un poco laxa para juzgar ciertas tropelías y desmanes; pero tampoco debía de tenerla muy turbia cuando vivió y murió pobre en tiempos y lugares en que todo el mundo se enriquecía á río revuelto, y cuando tantas veces hizo llegar hasta el trono de Carlos V las quejas de los humildes, de los abatidos y de los despojados por la insolente tiranía de Pedrarias y sus sucesores en la gobernación de Castilla del Oro. Quien tantas veces aventuró por intereses del bien público su comodidad, su dinero



y hasta su propia vida, mal merece los dictados de «embaydor, hipócrita, inhumano, ladrón, blasfemo y mentiroso», con que sin piedad le flagela su cruelísimo enemigo Fray Bartolomé de las Casas; sólo porque Oviedo se había guardado muy bien de atribuir á los indios aquellas fantásticas virtudes y régimen patriarcal con que liberalmente los adornaba el autor de la *Historia Apologética*, y aun se había burlado de su insensata tentativa de colonización agrícola en Cumaná, y de los *pardos milites* que allí llevó al degolladero. Oviedo no era ciertamente hombre de gran entendimiento, aunque sí de gran voluntad; ni estaba libre de preocupaciones vulgares y de pasiones violentas, exacerbadas en el rudo tráfigo de la vida soldadesca; pero para historiador valía más que Fr. Bartolomé de las Casas, porque si quiera no escribía como éste bajo la obsesión de una idea dominante y tiránica, y podía ser justo hasta sin pretenderlo, pues, como él mismo dice al principio del libro VI: «Poco tiene que hacer en decir la verdad el hombre libre que desea usar della.»

En las cosas de Colón, que trata en los tres primeros libros, se le ha acusado de parcial y sospechoso; más bien debería llamársele ligero

y mal informado. No conoció más que de vista, y siendo muchacho, al Almirante, pero le admiraba tan sinceramente, que deseaba para él una estatua de oro macizo, y de su memoria decía que «no puede aver fin, porque aunque todo lo escrito y por escribir en la tierra perezca, en el cielo se perpetuará tan famosa historia». No obstante, D. Hernando Colón le maltrata por haber recogido sin crítica cuentos vulgares y rumores ofensivos á la prioridad del descubrimiento hecho por su padre. Es Oviedo el primer historiador que consigna la tradición del piloto muerto en casa de Colón, pero la consigna sin darla gran crédito («que esto pasase así ó no, ninguno con verdad lo puede afirmar»), y como «novela que anda por el mundo entre la vulgar gente». Mayor desatino, pero no nacido de inquina contra Colón, sino del empeño tan patriótico como desacordado de buscar nuevos fundamentos al dominio español en Indias, es el querer demostrar con autoridades del falso Beroso y otras fuentes tales, que en tiempos antiquísimos (como unos 3193 años antes del cronista), fueron conocidas las Indias y estuvieron bajo el cetro del fabuloso rey Hespero. Hay, además, en la relación demasiado sucinta y atropellada que Oviedo hace de los



viajes de Colón, notables confusiones de tiempos y lugares, que podía haber remediado sólo con leer más atentamente á Pedro Mártir (si es que sabía bastante latín para entenderle). Pero no por eso es despreciable su testimonio, pues nos conserva una versión que pudiéramos decir popular entre soldados y marineros, favorable á los Pinzones, aunque no hostil sistemáticamente al Almirante. «Vi é hablé (dice Oviedo) á algunos de los que con Colón tornaron á Castilla, assi como al comendador Mossen Pedro Margarite, é á los comendadores Arroyo é Gallego, é á Gabriel de Leon, é Juan de la Vega, é Pedro Navarro, repostero de camas del príncipe D. Juan, mi señor..... A los quales y á otros oí muchas cosas de las desta isla (*La Española*), é de lo que vieron é padescieron, y entendieron del segundo viaje, allende de lo que fuí informado dellos é otros del primero camino, assi como de Vicente Yañez Pinzon, que fué uno de los primeros pilotos de aquellos tres hermanos Pinzones..... porque con este tuve yo amistad hasta el año de mil é quinientos é catorce que él murió. É también me informé del piloto Hernan Pérez Matheos, que al presente vive en esta ciudad, que se halló en el primero é tercero viajes que el almirante

primero Don Cristobal Colon hizo á estas Indias. Y tambien he avido noticia de muchas cosas desta isla, de dos hidalgos que vinieron en el segundo viaje del almirante, que hoy día están aquí y viven en esta ciudad, que son Juan de Rojas é Alonso de Valencia, y de otros muchos, que como testigos de vista en lo que es dicho, tocante á esta isla y á sus trabajos, me dieron particular relación. Y más que ninguno de todos los que he dicho el comendador Mossen Pedro Margarite, hombre principal de la casa real, y el Rey Cathólico le tenía en buena estimación. Y este caballero fué el que el Rey é la Reyna tomaron por principal testigo, é á quien dieron más crédito en las cosas que acá habian passado en el segundo viaje» (1).

Si es cierto que en historia debe oirse á todos, no hay razón para declarar fábulas y mentira todo lo que en Oviedo no concuerda con las cartas de Colón ó con las *Décadas* de Pedro Mártir. Entre los que informaron á Oviedo había gente querelosa del Almirante, con más ó menos motivo: bueno es saber en qué fundaban sus quejas, aunque seguramente el historiador, llevado de su admiración por el

---

(1) Libro II, cap. XIV.



grande hombre, las haya atenuado mucho. En rigor, no toma partido ni por el Almirante ni por los Pinzones, pero consigna el dicho de algunos que afirmaban que «Colón se tornara de su voluntad del camino..... si estos Pinzones no le hicieran yr adelante é que por causa dellos se hizo el descubrimiento, é Colon ya ciaba y quería dar la vuelta». «Esto será mejor (añade prudentemente) remitirlo á un largo proceso que hay entre el Almirante y el fiscal real, donde á pro é contra hay muchas cosas alegadas, en lo cual yo no me entremeto; porque como sean cosas de justicia y por ella se han de decidir, quédese para el fin que tuvieren» (1). Basten estas indicaciones para comprender que no debe rechazarse tan á carga cerrada el testimonio de Oviedo en lo que pertenece á Colón, como han pretendido D. Juan Bautista Muñoz y Washington Irving, que en esto le sigue.

Debe, sí, recibirse con prudente cautela; lo mismo que el de Fr. Bartolomé de las Casas, que tuvo mejores materiales para su *Historia general de las Indias*, pero que la hizo sospechosa por causa muy diversa. No es del caso

(1) Libro II, cap. VI.

rehacer la biografía del famoso *Procurador de los Indios*, magistralmente contada por Quintana y amplificada luego con documentos muy curiosos por el Sr. Fabié. La grandeza del personaje no se niega, pero es grandeza rígida y angulosa, más de hombre de acción que de hombre de pensamiento. Sus ideas eran pocas y aferradas á su espíritu con tenacidad de clavos; violenta y asperísima su condición: irascible y colérico su temperamento; intratable y rudo su fanatismo de escuela; hiperbólico é intemperante su lenguaje, mezcla de pedantería escolástica y de brutales injurias. La caridad misma tomaba un dejo amargo al pasar por sus labios. Tal era el feroz controversista á quien los hombres del siglo pasado quisieron convertir en filántropo sensible. Precisamente por no haber sido tal cosa, sino la encarnación misma de la intolerancia, influyó tanto, y triunfó al fin, pasando á nuestra legislación de Indias gran parte de su espíritu. El tono de su polémica humanitaria estaba al nivel de la barbarie de los más atroces encomenderos y devastadores de Indias. Pudo tener disculpa entonces, porque á grandes males, heroicos remedios; pero divulgados sus memoriales por medio de la imprenta y ávidamente leídos fuera



de España, no parecieron ya testimonios de celo tan piadoso como acre, sino actas de acusación y libelos sanguinarios, aptos para ser exornados, como en Holanda y en Francia lo fueron, con truculentas estampas de suplicios, sirviendo el texto y sus innumerables glosas de pasto y regalo á todos los enemigos del nombre español, hasta nuestros días. Podrá no haber salido de su pluma, sino de la de Fray Bartolomé de la Peña, ó de algún otro fraile de su orden, el monstruoso delirio de la *Destrucción de las Indias*; pero con imprimirle y darle su nombre le hizo moralmente suyo, haciendo pagar bien cara á su patria la gloria de haber engendrado á tal filántropo. Biógrafo tan poco sospechoso como Quintana, tiene por el error más grande de Las Casas la publicación del tal tratado, en que manifiestamente deshonoró la justicia de su causa poniendo á su servicio «las artes de la exageración y de la falsedad; abultando enormemente, hasta dar en manifiestas contradicciones, los cálculos de población y de estrago, y valiéndose sin escrúpulos de todos los cuentos que le venían á la mano adoptados por la credulidad, y aun quizá á veces sugeridos por su fantasía». Las Casas era un sectario, admirable por la terquedad, por

el brío y por el desinterés perfecto, y como tal sectario procedía con absoluta buena fe, aun en sus mayores aberraciones. Así le vemos exagerar fantásticamente las grandezas de la civilización del Nuevo Mundo en la *Apologética Historia*, con encomios que resultan risibles en un hombre que había alcanzado los mejores días del Renacimiento, aunque el Renacimiento no hubiese penetrado en él, dejando intacta su bravía naturaleza de fraile de la Edad Media. Ni el fracaso sangriento de su utopía de Cumaná bastó á abrirle los ojos respecto á lo que podía esperarse de la colonización pacífica y meramente espiritual, ni á sus adversarios hizo nunca la concesión más mínima, antes los persiguió por todos medios, no contentándose con refutarlos, sino oponiéndose á la divulgación de sus escritos, como lo logró respecto del *Democrates alter* del elegante Dr. Sepúlveda, más aristotélico sin duda que teólogo, y cuya doctrina en esta parte, negando á la barbarie todo derecho contra la civilización, algún parecido tiene con la moderna selección sociológica, que declara forzoso é ineludible el vencimiento de las razas inferiores en la lucha por la existencia. En esta lucha científica tuvo Las Casas de su parte á